

Iván Baya

# EL LIBRO EN BLANCO

El Capítulo de la Doncella



# **El Libro en Blanco**

**-El Capítulo de la Doncella-**

**Iván Baya**



El Libro en Blanco – El Capítulo de la Doncella

 2023-2024, Iván Baya

© 2023-2024, Iván Baya

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917021970/932720447).

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente provistos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase al sitio web de Safe Creative (<https://www.safecreative.org/>) si desea obtener más información acerca de la obra y sus derechos.

Primer borrador

Versión Digital / Digital Version

N.º de registro: 2407248846281

«El único camino lleno de rosas  
es aquel que acaba en el infierno»



*Solo hay una moneda capaz de comprar la felicidad.  
Esta no se gana, solo se tiene. Esta no se ahorra, solo se consume...*

*A mi familia*





- Prólogo -

**El destino de la niña perfecta**

El día llegó. Llevaba varios años preparándome para este día, el momento en que demostraría a las demás lo equivocadas que estaban conmigo.

La vida en la aldea solía ser tranquila, mi madre y yo emigramos de nuestra aldea de origen cuando apenas tenía tres años. Siempre nos dijeron que seríamos bienvenidas, pero, aunque realmente fue así, las tradiciones de algunas aldeas podrían llegar a ser duras en comparación con las de otras.

«Las Tierras del Norte», antaño conocidas como Jarturskug, dejó de ser una nación respetable hace siglos. Donde antes existían estrechos lazos entre las distintas ciudades de la región, ahora quedamos diferentes aldeas fragmentadas por nuestras creencias y costumbres.

—Cariño, ¿estás segura de querer participar? No tienes que hacerlo —me aconsejó mi madre con un preocupado tono.

—Nunca he estado más segura —respondí—, llevo años esperándolo.

Mi madre se acercó, cogió mi mano y, con las suyas, la llevó hasta su pecho. Su corazón se sentía latir deprisa y con fuerza.

—No quiero que mueras, tan solo eres una niña —me suplicaba.

Las tradiciones, cada cual más brutal... En esta aldea, cada muchos años se celebraba una especie de torneo, un inusual combate al estilo de «todos contra todos», un polvorín del que nada más que podía salir victoriosa una única persona. Lo brutal no era que fuera una gran pelea en la que casi todo

estaba permitido, lo verdaderamente llamativo era que solo podíamos participar niñas, sin importar la edad que tuviéramos.

—Madre, estaré bien, yo no soy una cualquiera de esas rubitas.

En esta aldea, la mayoría de las personas solía tener rasgos característicos: una piel muy clara y un hermoso pelo rubio. Las niñas éramos educadas, recatadas y de gestos gráciles, aunque luego crecíamos y nos convertíamos en la esposa de cualquier mamarracho. La teatralidad era tal, que cuando se anunciaba la fecha del torneo, toda esa pomposidad se tornaba en una oscura sed de sangre, un ímpetu incontrolable por ser la elegida, la luchadora ganadora.

—Pero las demás niñas, irán a por ti sin piedad, te odian —añadió mi madre—, vas a participar en una batalla perdida.

—¡No empieces otra vez! —exclamé—. Esas niñas solo me tienen envidia, morderán el polvo en cuanto me vean llegar.

¿Por qué me odiaban? Yo misma me lo preguntaba, y la respuesta era tan injusta como el resto de las costumbres que aquí estaban de moda: mi pelo era oscuro, nada más. Las demás niñas me discriminaron desde el primer momento porque una doncella no podía tener un cabello del color de la noche; una doncella debía representar la luz y la esperanza de la aldea, un ejemplo a seguir tanto en modales como en fuerza. En otras palabras, una doncella no era ni más ni menos que la niña perfecta, la ganadora del torneo.

Tras un fuerte desayuno, me preparé, me vestí con mis pieles y salí afuera. La nieve dejó de caer la noche anterior, pero el sol aún no había conseguido derretirla, así que mis pasos proseguían su camino sin ser interrumpidos, haciendo crujir el deslumbrante suelo de Blanhive, la aldea que me vio crecer como a una oveja negra entre un «rebaño» de cisnes.

Las madres de algunas niñas habían salido afuera de sus casas para bendecir los atuendos de combate de sus hijas. Algunas, me miraban con desprecio, como si mi participación fuera injusta porque no había nacido allí.

Muchas de las niñas serían más pequeñas que yo, otras, podrían ser ya casi unas mujeres; y digo casi, porque una de ellas tuvo su primer periodo y le impidieron participar, pues su vida ya había quedado sellada, con sangre, para llevar a cabo las obligaciones de una mujer adulta.

Algunas participantes arrastraban sus pasos por otros caminos, dirigiéndose hacia el mismo lugar que yo, el centro de la aldea, donde todo ya llevaba preparado desde hacía meses. Muchos eran los años que se esperaba para este momento. Las participantes y supervivientes del torneo anterior eran consideradas las guardianas de la aldea, las que nos protegían del peligro y conservaban nuestra cultura. Por otro lado, la anterior saga de guardianas que aún quedaban vivas, ya ancianas, eran las llamadas sabias.

—¡Iris! —gritó un hombre.

Me quedé en silencio y me giré. Se trataba de Persson, amigo de mi madre, artesano y tendero del mercado. Caminaba a lo lejos, dirigiéndose hasta mí.

—¡No vayas tan deprisa, aún es pronto! —exclamó.

Persson no era como la mayoría de los hombres de Blanhive. A ver cómo lo explico: cabellos rubios, piel clara y libres de tradiciones crueles. Cuando el torneo llega a su fin, los jóvenes más afortunados son elegidos por las participantes que no logran vencer, pero que tampoco han caído en combate. Estos suelen convertirse en formidables guerreros cuando llegan a su edad adulta y, aunque la mayoría suelen proteger la aldea junto a las guardianas, algunos se marchan en una especie de peregrinaje que ellos llaman «el camino recto». En cuanto a las niñas que fueran derrotadas, al igual que aquellas que no participaran, serían expuestas en una especie de sorteo, donde hombres y familias enteras se apostarían su futuro. Al final, todas acaban siendo guardianas, una manera de renovar filas y permitir el ascenso de las anteriores a sabias; sin embargo, no todas las niñas de nuestra generación podrán elegir con quién van a compartir sus vidas. Estas reglas sociales solo aplicaban cuando se celebraba un torneo de sucesión, algo que podía demorar décadas

en volver a repetirse. Si no había torneo, tampoco había reglas, de esta manera, podían pensarse muy bien qué destino querían para las futuras generaciones.

Algunas personas nos miraban como a unos extraños. Los vecinos, por lo general, no se portaban mal conmigo ni con mi madre; pero claro, llegan estas fechas y cada uno tiene que darlo todo por sus doncellas, las mismas niñas que convierten cada día de mi vida en una especie de ritual en el que, suponían, yo intentaba ser aceptada.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó cuando me alcanzó.

—En casa, vendrá más tarde.

—¿Aún sigues queriendo participar?

Mis respuestas no debían ser simples ni vulgares, yo era una doncella más, y tenía que demostrarlo a los demás con modales exquisitos.

—¿Tú qué crees que hago aquí si no?

Persson me miró con cierto escepticismo. Lo cierto es que yo misma me negaba a seguir las costumbres de la aldea, si decidí participar solo era para dar una lección a aquellas imbéciles que intentaron corromper mi niñez.

—Iris... No tienes nada que demostrarles, tú vales más que todas ellas —decía Persson en voz baja.

—¿Preferís que me deje avasallar por esas ciervecillas? —respondí de manera brusca—. ¿Preferís que me casen con un cualquiera?

Persson se mostró disgustado. Mi existencia allí parecía desear contradecir cada una de las absurdas tradiciones a las que estaban acostumbrados. A fin de cuentas, él terminó casado con una de las que no participaron en el torneo anterior por la mera voluntad de su familia. Su semblante cambió, se mostró gentil y dijo:

—Sabía que dirías algo así, ten. —Abrió la mano y me ofreció una pequeña figurilla de madera—. Lo he hecho para ti: una reliquia de la suerte.

Parecía una especie de escorpión de madera, pintado con un llamativo color azabache. Comprendí que tenía un significado muy especial, pues estas reliquias solían ser blancas, en representación del nombre de la aldea, así que esta me representaba a mí, la doncella que destacaba del resto.

—No tenías por qué —dije.

Persson agarró mi mano, colocó mi palma hacia arriba y me dio la figurilla.

—Vas a ser el objetivo del resto, tratarán de dejarte fuera de combate la primera —explicaba Persson—. Vas a necesitar un poco de suerte.

—Agradezco que te preocupes por mí, pero estoy más que preparada para esto, no necesito a la suerte de mi lado.

—¿Me permites? —preguntó.

Asentí con la cabeza y Persson me quitó el escorpión de la mano. Tras agacharse, agarró uno de los extremos de mi falda de piel y colocó en ella la figura con una especie de horquilla.

—Que esas niñas te la tengan jurada, no quiere decir que tengas que enfrentarte a todo tú sola —dijo mientras se volvía a poner en pie.

Mi madre, Persson, e imagino que algunos más, estaban convencidos de que mi futuro en Blanhive era el de una simple guardiana, odiada por el resto de sus compañeras y repudiada por ser una forastera.

—Esta es mi lucha, y no pienso desaprovechar esta oportunidad —respondí.

Persson me abrazó, parecía el padre que nunca tuve, el padre por el que mi madre se vio obligada a venir hasta Blanhive, una aldea donde la mujer era un símbolo de fuerza y respeto.

—Que tu futuro sea prometedor, Iris. ¡Lucha bien por él!

Cuando se separó, asintió con firmeza, como si de repente confiara en mis posibilidades. Hizo un gesto de despedida con la mano y se dio media vuelta para marcharse por el mismo camino que llegó.

Proseguí mi paseo hasta el centro de la aldea, mirando la figurilla que llevaba en la falda. Lo primero que hará el resto será reírse, ¡como si no las conociera! Creerán que me aferro a la suerte y, tal vez, eso pudiera suponer una ventaja, pues tan solo era una gota más en el vaso de la subestimación. A mi llegada, ya se encontraban tres competidoras junto a sus familias. Aunque dos eran más o menos de mi edad, una de ellas parecía tener apenas siete años... ¿Qué pretendían dejándola participar?

—¡Vaya! Pero si es la avispa negra —dijo una niña detrás de mí.

Al darme la vuelta, vi que se trataba de Sonata, la chica más conocida y a quien toda la aldea ya había proclamado vencedora de una forma algo precipitada.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté con desprecio.

—Por favor, vas de tipa dura, pero eso no te servirá contra ninguna de nosotras —se mofaba mientras acercaba su cara a la mía—. En cuanto suene la campana, más vale que huyas lejos.

—¿Por qué? ¿Acaso piensas que os tengo miedo?

Sonata me dio un empujón.

—¡Alto! —gritó una mujer.

Una guardiana que se encontraba ultimando los preparativos se acercó corriendo.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntaba indignada—. Ese no es el comportamiento de una doncella.

—Ruego, me disculpe, la doncella Iris faltó al respeto de mi familia —se excusaba Sonata.

—¿Es eso cierto? —respondió la guardiana, mirándome.

Miré a aquella embustera, la niña prodigio, que me devolvía la mirada con sus ojos azules entrecerrados y llenos de inquina.

—Ha sido un malentendido, no volverá a suceder, maestra —respondí de forma sumisa, haciendo una ligera reverencia.

—Eso espero —dijo mientras nos miraba a ambas—, ya podéis ir con las demás. Aún queda tiempo, pero no os lastiméis si decidís entrenar.

La guardiana se marchó con sus compañeras, que seguían colocando ornamentos y asegurando el cercado donde tendría lugar el torneo.

—Por más que te esfuerces, nadie se fijará en ti, jamás —dijo Sonata antes de marchar con las otras tres niñas.

No respondí, si algo había aprendido de este lugar era que las palabras te hacían vulnerable, delataban tus puntos débiles. Por esa razón, me limitaba a escuchar, a aprender de las flaquezas de las demás doncellas.

Una vez dentro, me apoyé en el cercado para observar a las demás hacer su rutina de movimientos, saltos y carreras. Mi calentamiento podía esperar, prefería que pensarán que no estaba preparada.

Tras una larga espera, al fin llegó. Era «La Dama de Hielo», en carne y hueso. Se la veía en buena forma, con unos cabellos plateados y unos ojos tan azules como el cielo. Vestía una falda de piel grisácea, unas botas de caña alta con hebillas y pequeñas fundas, una camisa blanca y una capa de piel de lobo del mismo color gris que las cenizas. Toda saludamos con una reverencia, pues, al fin y al cabo, este torneo se disputaba en su nombre. Tenía cincuenta y un años, pero no los aparentaba, y se sabía perfectamente su edad porque fue, ni más ni menos, la ganadora del anterior torneo, hace ya cuatro décadas.

—¡Iris, cariño! —exclamó mi madre cuando llegó.

—Hola, madre, has llegado justo a tiempo.

—Me dijo Persson que te había dado el amuleto.

—Sí, aquí lo llevo. —Señalé el lugar donde lo llevaba, en la falda.

—Estoy orgullosa de ti, hija. —Me acarició la mejilla—. Por favor, si algo sale mal, ríndete.

—Sé lo que tengo que hacer —respondí, cortante.

—Cuando llegamos a la aldea, nunca pensé que terminarías aquí, sumergida en sus costumbres, pero mírate —señalaba mi porte—, ¡estás hecha toda una doncella!

Yo lo era todo para mi madre. Mi padre, por decirlo de algún modo, era un paria de los páramos. Y digo padre porque, lógicamente, no nací por obra de ningún milagro: mi madre fue violada cuando asaltaron su caravana durante un viaje. Así que, lo mirase por donde lo mirase, yo era una oveja negra en todos los sentidos. Aun así, fui para ella la compensación por aquel dolor, el amor más grande que pudo surgir de una desgracia como la que tuvo que sufrir... Aunque jamás imaginó el destino que le esperaba a su niña perfecta.



- I -

## Heridas abiertas

¡Y al fin desperté! Como cada día, evité tropezar y caer al suelo. Corrí tan veloz como me permitían mis piernas para ponerme a salvo cuanto antes, fuera de los ojos de cualquier peligro. Llevé mi mano a mi camisa y me aseguré de que llevaba todo encima.

—La laguna —me dije, era el sitio que le propuse.

Me dirigí a toda prisa hasta la arboleda, aquel conocido paraje. Casi no necesitaba alumbrar mi camino, pues sabía dónde se escondían los lobos para cazar cada noche, y qué obstáculos se interpondrían tras cada zancada. No tardé en llegar a la orilla donde nos encontramos por primera vez.

—Esperaré hasta que aparezca, pues tenemos muchas cosas de las que hablar y un plan que trazar —susurré mientras me frotaba las manos.

Aparté la falda hacia un lado y me senté en la orilla sin llamar la atención de las bestias cercanas. Nunca entendí por qué este lugar inspiraba tanta calma, y mucho menos iba a hacerlo ahora, tras haber vivido uno de mis peores días desde el comienzo del Ciclo. Sin embargo, solo se oía el lúgubre sonido de las aves nocturnas y el ligero susurro del viento acariciar las hojas de los árboles. De repente, un crujido sonó a mis espaldas. Me giré y pregunté al aire, esperando obtener una respuesta directa de sus labios:

—¡Farg! ¿Eres tú?!

Pero el silencio se apoderó del lugar. Nada respondía a mi llamada, era imposible que le hubiera dado tiempo a llegar. Me puse en pie y me dirigí hacia aquellos arbustos que se perdían en la oscuridad de la arboleda. Mi

pecho empezó a percutir deprisa, mi cuerpo se puso en guardia. Lo que sucedió ayer en Roundar con aquel maldito mago de la tierra, Tafal, fue del todo inesperado. El recuerdo de las inscripciones en el mapa de Wilbur llevaban acosándome cada día, desde que las descubrí, pero la revelación de anoche supuso el germen de un nuevo miedo en mis entrañas. El fragmento de la Tasogare que portaba Rhyolith suponía el revés definitivo para todos mis planes. ¿Cómo diablos ha llegado hasta él? Siempre pensé que iban tras mi cuchillo, la llave que abría aquel famoso tesoro. De ser así, todavía había una razón para darme caza, así que no podía dejar que descubrieran ni mi paradero ni el tesoro que ocultaba bajo mi corazón. Con aire decidido, apreté el puño y aparté los arbustos.

—Soy yo —dijo su inconfundible voz.

Un hombre rechoncho, ataviado con lujosas ropas de mercader, se protegía colocando las manos delante de su cara. El tono anaranjado de su vestimenta con bordados de color dorado delataba que procedía de una familia de prestigio. Su cabellera, canosa y cubierta por un *tarbush* del mismo color de sus atavíos, no hacía sino reiterar la alta cuna de la que procedía este individuo. En fin, ¿esta era la sorpresa?

—¡Maldición! ¿Qué se supone que haces ahí escondido? —Le agarré del brazo y lo arrastré hacia mí.

—No estoy seguro, ya no sé ni de quién fiarme —respondió cabizbajo tras sacudirse los ropajes y colocarse sus anteojos con el nudillo de su dedo índice.

—Bueno, da igual —Miré a nuestro alrededor—. Creo que nunca me he alegrado tanto de verte.

Se trataba de Baluf el Mercader, un viejo roundariano, y también viejo conocido. Si Farg y yo éramos enemigos de vez en cuando, con Baluf era al contrario: de vez en cuando las circunstancias nos empujaban a aliarnos. Sin embargo, mucho me temía que esta alianza iba a ser bastante más duradera que de costumbre.

—Tenemos que esperar a que lleguen los demás. —Me giré, dándole la espalda y regresando a donde me había sentado a descansar.

—¿Farg y compañía? —preguntó mientras seguía mis pasos hacia la orilla de la laguna.

—Solo Farg, a estas alturas, me habré convertido en el enemigo número uno de Clena. El «musculitos» tendrá prohibido acercarse a su amigo, y su amiga... —Me encogí de hombros, lancé un suspiro—. La verdad es que no confío en que hayan podido escapar del pueblo, siquiera. He querido protegerlo de mí misma, pero he acabado arrastrándolo hacia mi desdicha.

Miré hacia el negro horizonte nocturno de la arboleda. Tenía el mismo color que mi futuro, en una espiral sin fin de la que parecía estar condenada a no poder escapar. Cada día en este maldito infierno sin final suponía empezar de cero una y otra vez. Mis perseguidores trataban de darme caza, ¿para qué? Matarme no les bastaba, volvería a despertar y a ponerme a salvo. ¿Y si dieran con mi paradero? Eso sí que sería un problema. Tafal me necesitaba, Wilbur me necesitaba, Rhyolith me necesitaba; hasta Baluf me necesitaba, ahora que se había enemistado con sus camaradas.

El silencio era patente, parecía querer transmitirnos un mensaje de derrota, de renuncia, de agachar la cabeza y darles a todos lo que pedían.

—Hija, creo que deberíamos alejarnos cuanto antes de aquí —me habló mientras posaba una mano en mi hombro—. Si Rhyolith ha conseguido condenarlos, será cuestión de tiempo que la guardia se deje ver por la arboleda.

Farg jamás me traicionaría, pero ¿y la «muñequita» y la «raspa» de su madre? No quería pensar en lo inevitable, algo que el tiempo acabaría por confirmar o desmentir. Había arruinado la vida de tres inocentes por precipitarme. Todo había sucedido muy deprisa, para lo que estábamos ya acostumbrados en esta larga existencia. Ver con mis ojos aquellas inscripciones en el mapa de Wilbur fue la señal que llevaba siglos esperando.

Como si de una carrera se tratase, me vi acorralada a reunir aliados como fuera para zanjar cierto asunto de una vez por todas.

—¿Hija? —Baluf me miraba con extrañeza.

—Rhyolith tiene un fragmento de la Tasogare, ¿lo sabías?

Pero Baluf se quedó en silencio, con una expresión inmutable que fue interrumpida por una voz tenue y llena de dudas. Me agaché, saqué el cuchillo de mi bota, que emitía un tenue brillo anaranjado.

—Eso no es posible, te juro que ese Rhyolith nunca fue uno de los nuestros, uno de los elegidos. Ni siquiera Tafal tiene uno, ¿cómo lo habrá conseguido?

—Cómo lo consiguiera es lo de menos, me preocupa más el uso que pueden darle, más allá de liberar el poder de los Zodiacos.

Mi cuchillo, al igual que el de Rhyolith, tenían la virtud de romper los sellos que mantenían aletargadas a las deidades zodiacales. Además de eso, poseían la capacidad de absorber el poder de los artefactos y actuar como catalizadores elementales. Por esa razón, la hoja de mi fragmento brillaba con el poder que había asimilado del brazalete de Aries. En estos momentos, el artefacto de Tafal se había convertido en una simple baratija; sin embargo, poco a poco, dicho poder iría abandonando mi fragmento y regresando a su artefacto de origen. El Ciclo era una maldición que tenía bajo control a una de las mayores fuerzas de la naturaleza, pero si ni siquiera estaba a la altura para retener los recuerdos de las personas, mucho menos, lo estaba para hacerlo con el conocimiento de los antiguos que residían en estos artilugios legendarios.

—Salgamos de aquí —me di la vuelta y emprendí el camino—, pero tenemos que improvisar un nuevo plan, nos llevan mucha ventaja.

Intentamos ganar velocidad para abandonar la arboleda por el este, pero nuestra moral se notaba resentida, pues las cosas habían salido muy diferentes a cómo las habíamos imaginado; quizá ese fue el problema, confiarnos

demasiado.

En aquellos momentos de pesadumbre, la soledad de la arboleda era nuestra mejor compañera, una consejera que te invitaba a reflexionar con el arropo de tus propios pensamientos, a poner en orden nuestro laberinto de ideas y frustraciones. Íbamos apresurados para no volver a ser emboscados, de modo que la calma mimetizada del lugar solo era interrumpida por la respiración agitada de Baluf, que se mezclaba con el sonido de nuestros pasos en aquella oscura morada de lobos y alimañas.

—Lo único que ha salido bien ha sido reencontrarnos aquí, tal y como dijiste —dijo, entre bocanadas.

—¿Bien? ¿Tú crees? —Iluminé mis manos y las posé sobre mi compañero—. Somos los únicos que quedamos.

Un brillo azulado lo envolvió ligeramente. Las artes de sanación tenían también la virtud de neutralizar la fatiga física. Que nadie se piense que una servidora puede correr sin parar; a veces, las cosas suceden por arte de magia.

—Nos dirigiremos a Archos, lejos de los problemas. —Contaba mientras Baluf hacía estiramientos para comprobar la eficacia de mis artes de agua—. En este momento, gran parte de la guardia estará de camino a Roundar. Querrán respuestas por la intervención de las viejas amistades del gobernador Slar.

—¿Crees que...?

—No lo creo, es que no tengo ninguna duda —le interrumpí mientras retomábamos el camino—. Puede que Slar y Wilbur sigan teniendo sus rencillas, pero Rhyolith goza de influencia por pertenecer al mismo estrato social que Elata.

Elata, la prometida del gobernador, y a quien conoció entre la nobleza de Akkam. Un romance truncado por la eternidad, el amor platónico del célebre soltero de oro. En otros tiempos, Rhyolith hacía las veces de escribano y *celestino* entre ellos. Al pertenecer al Círculo de Nobles de Akkam, tenía un

trato directo con Elata y otras personas importantes de la región, por lo que, a efectos prácticos, Wilbur tenía el control de Roundar sin necesitar a su viejo camarada de la Famosa Expedición. Como él mismo solía decir: «al final, siempre se sale con la suya». Aun así, no todo iba a salirles a pedir de boca, pues el reino de Archos necesitaría oír la explicación oficial tras romper el Acuerdo del Ciclo de manera brusca y violenta.

Los árboles se iban volviendo cada vez más escasos y menos frondosos. Nuestro paseo por la arboleda llegaba a su fin para dar la bienvenida al campo abierto, un prado que, en tiempos de anteaer, apenas había sido transitado. Alejado de cualquier camino apto para los carruajes, haría las veces de salvoconducto hacia la capital. Aunque la luna apenas iluminaba el terreno, intentamos caminar entre las sombras que nos ofrecían los diferentes desniveles.

—No dejo de pensar en lo mal que ha salido todo —se lamentaba Baluf—. Desde el principio, Tafal tuvo que sospechar de mí, si no, no me lo explico.

—Puede que te deba una disculpa —le respondí, girándome para mirarle—. Siempre has estado entre dos aguas, en parte, por culpa mía.

—No te culpes, yo también tengo mis motivos.

Nadie es quien parece ser. Tafal además de un hábil mago de la tierra, poseía dos de los tres artefactos zodiacales del fuego. Sin embargo, para tener dos o más caras, ninguno necesitábamos recurrir a las artes antiguas; el subterfugio era la práctica favorita entre nosotros. Baluf y Tafal eran aliados. Ahora, Baluf y yo somos aliados. Hasta ayer, Baluf era, al mismo tiempo, aliado de ambos. ¿Cómo era posible? ¿Por qué alguien que juró perseguirme hasta la muerte había caído bajo la influencia de mi ponzoña? Me reitero en que nadie es lo que parece. Baluf puede parecer afable, pero no deja de ser un criminal, una rata traicionera que vendería a su familia a cambio de oro o, en su defecto, influencias. ¿De qué te sirven las influencias ahora, viejo? Esta

hipocresía era tan antigua como mi amistad con Farg, y si yo no había soltado prenda a mi mejor amigo hasta ayer, Baluf apenas lo había hecho nunca conmigo.

Baluf y yo llevábamos un tiempo viéndonos. Desde que los gemelos me revelaron la verdad tras el mapa, tuve que recurrir a mi viejo perseguidor para que me contara cuánta verdad había en aquella revelación, pero Wilbur debía tener muy buenas razones para tener a sus compinches al margen de sus planes. La dura realidad: no podía fiarme ni de Baluf ni de aquellos hermanos piratas, de modo que me vi obligada a asaltar el navío de la Famosa Expedición con la ayuda de Farg. ¿En quién podía confiar si no?

Para colmo, después de nuestra discusión en El Errante, ni siquiera me sentía segura con él, así que regresé a Baluf con el rabo entre las patas, la peor decisión que pude tomar. Baluf se convirtió en la discordia personificada cuando fue descubierto traicionando a sus camaradas. El mismo día de la batalla en Roundar, Tafal nos emboscó y, aunque sobreviví a la contienda, no pude llegar a tiempo para evitar que mis amigos cayeran en la trampa que Rhyolith y Wilbur habían urdido.

El sol comenzaba a teñir el cielo de ese color tan particular, un fenómeno que me evocaba sentimientos amargos, por el significado que tenía para los custodios como yo. Como si vagáramos por un mundo perenne, continuábamos nuestro viaje, hastiados, engullidos por la frustración de tener que rendirnos a nuestro destino, a despertar como llevábamos haciéndolo durante siglos. El mal trago de ayer estaba logrando que este amanecer me recordara a mis primeros despertares, corriendo en soledad en busca de personas que pudieran ayudarme a cumplir con mi cometido y hacer justicia a mis viejos compañeros.

—¿Te apetece picar algo? —Baluf rebuscaba en una de sus bolsas mientras masticaba un trozo de zanahoria que sostenía en la otra mano.

—¿Nunca te han dicho que pareces un burro?

—Bastante a menudo, y eso que no llevo las alforjas. —Se reía.

Extendí la mano y me hizo entrega de una manzana. ¿Podía haber una fruta más apropiada para hundirme en mi propia miseria? La acepté de buen grado y le di un mordisco. Entre las muchas cosas que Farg se jactaba en afirmar que compartíamos, tener el estómago vacío era la que más gracia le hacía. Sin embargo, él jamás sospecharía cómo de vacía estaba mi alma en comparación con la suya. En todo ese hueco solo había cabida para el rencor, el odio y la venganza. Esas supuestas virtudes me mantenían al margen de una eternidad disfrutable, a diferencia de muchas otras personas que veían en el Ciclo la ocasión perfecta para dar rienda suelta a todos sus sueños y fantasías. Aunque a veces me había esforzado en aceptar mi situación y resignarme a mi suerte, solo soñaba con el mañana mientras vivía una pesadilla en mi día a día.

—Espero que tengas algún plan alternativo, hija.

Baluf me sorprendió con esa suposición. La verdad es que no había plan, no había alternativa. Wilbur nos había dejado atrapados en un callejón sin salida.

—Algo se nos ocurrirá, será cuestión de tiempo —respondí.

—Tiempo, ¿eh? —Miró al cielo—. Esa moneda que no se gasta. ¿Qué podemos comprar con tanto tiempo?

Sus reflexiones siempre eran de ese estilo, tenía una especie de obsesión por el trueque, típica de mercaderes; la misma que le llevó a aceptar una misión que nunca llegó a cumplir, la misma que le llevó a convertirse en lo que era ahora. Su arrepentimiento iba y venía: había días en los que recuperaba sus viejas ambiciones, y otros en los que se sentía cansado de la eternidad que le habían malvendido. ¿Qué esperaba conseguir a cambio de mi muerte? Matarme nunca sería suficiente, buscaban algo más. Por suerte, ni Baluf lo sabía, solo Wilbur y yo.

Como ya es sabido, Tafal y él fueron aliados. Juntos, eran dos de mis más



antiguos enemigos. El mago de la tierra tenía una voluntad inalterable, su ansia de poder era insaciable. Tafal era originario de Marath, así que, por descontado, tenía una visión muy diferente sobre el uso de las artes antiguas. A él le habían confiado los brazaletes de Aries y Sagitario, sin embargo, no contaba con un fragmento de la Tasogare como el mío o el de Rhyolith. Según contaba Baluf, esa habría sido su recompensa por darme caza. Qué ingenuo.

En cuanto a Baluf, se trataba de un mercader con un pasado muy interesante. En su juventud, había sido campeón en el coliseo de Roundar. Tuteló a sus sucesores y fue la mano derecha del patriarca de la fraternidad instaurada por Teller Ironhollow, el ilustre fundador de una de las casas nobles más sonantes de Roundar. Tras retirarse de la competición, empleó sus riquezas para intentar dejar huella entre afamados mercantes y, como tal, tenía la esperanza de hacerse con alguna patente y vivir de ello en el núcleo urbano de Tetra, la próspera ciudad del progreso. ¿Por qué aceptaría aliarse con Wilbur y compañía? ¿En qué momento sus ambiciones se volvieron tan oscuras? Todo tiene una razón, por mucho que me costara aceptarlo.

El día en que conocí a Farg, Baluf y yo atravesamos un momento difícil del que casi no hemos vuelto a conversar. Nos encontrábamos en la laguna de la arboleda de Clena, ese lugar tan conocido donde la gente de poca clase llevaba a cabo negocios de toda clase.

—¿Cómo quieres que confíe en ti, después de todo? —exclamé en voz alta, sin dejar de mantener mi posición de guardia.

Baluf parecía desesperado por intentar convencerme. ¿Acaso su amigo del alma y él habían vuelto a discutir? Si buscaba un hombro sobre el que llorar, se había equivocado de persona. Yo era su víctima, su presa. ¿Qué pretendía que hiciera por él?

—Baja el arma, hija. —Sin soltar su daga, descendía ambas manos haciendo un gesto de calma.

—Deja de llamarme así, ¿quieres? Vas a hacerme vomitar.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, de veras.

Ambos nos mirábamos a los ojos, ninguno parecía confiar en el otro. Llevaba cuarenta y nueve años intentando despistarle. Él seguía sin conocer mi paradero, y eso me daba la ventaja de cambiar de rumbo; no obstante, tal y como estaba sucediendo, había logrado dar conmigo en numerosas ocasiones. Para bien o para mal, habíamos acordado vernos en este lugar, dada su reputación, con el objetivo de hablar sobre nuestros propósitos. A pesar de ello, verle solo me daba dolor de cabeza.

—No puedo perdonar todo lo que habéis hecho. ¡Jamás!

Arremetí contra él, con una rápida estocada. Baluf la esquivó con soltura y me empujó. Cuando me di la vuelta, seguía en la misma posición, como si esperase a que volviera a acometer contra él.

—No quiero luchar contra ti, hoy no.

—Defiéndete, vamos. —Corrí hacia él.

En esta ocasión, un grito gutural se le escapó. Su daga cayó al suelo. Mi cuchillo había penetrado en su vientre y ni siquiera había opuesto resistencia.

—¿De qué te sirve la redención y la clemencia? ¿Acaso puedes reparar lo que habéis hecho?

Mi enemigo cayó al suelo, sobre sus rodillas. Su rostro mostraba una angustiada aflicción, como si el dolor que pesaba sobre su conciencia fuese mayor que el de mi puñalada. Aun sabiendo que esto no lo mataría, me pidió ayuda con voz cansada.

—Te imploro que me escuches, hija.

—¡Imbécil!

Le propiné tal puñetazo que lo hice caer de lado. Perdía sangre por su boca y por su abdomen, cuya herida trataba de taponar colocando sus manos sobre su grasienta y peluda barriga.

—Te... pido perdón... —insistía en su arrepentimiento, su voz se entrecortaba entre los intentos de resistir el dolor.

Sacudí mi mano y convoqué una espada de hielo.

—No tendrás mi perdón, pedazo de mierda. —Blandí la espada con el objetivo de acelerar su despertar.

—Siento lo de... Blanhive —murmuró.

Mi mano y mi corazón se congelaron, y no a causa de mis artes antiguas o mi alma helada. Cuando Baluf pronunció el nombre de mi pueblo natal, me sentí confusa y furiosa a la vez.

—¿Qué has dicho? —Mi rostro se mostraba inexpresivo, mis palabras sonaron inertes.

Pero sus fuerzas le fallaron, había perdido demasiada sangre. Me agaché hasta él y le agarré del pelo.

—¿Qué has dicho? —Volví a preguntarle a un cuerpo pesado que ya no respondía a mi ira—. ¡Maldición! ¡Repite eso!

Solté mi espada de hielo y coloqué mi mano en su vientre. La luz de las artes de sanación se manifestaron, haciendo que la piel de su herida se cerrase como si esta se extendiera sobre sí misma. Me hallaba desesperada por tener una conversación sobre las cicatrices más profundas y dolorosas de mi pasado, aquellas que no podían sanar jamás. Mi auxilio parecía haber llegado a tiempo cuando comenzó a toser. Acto seguido, me puse en pie y me alejé varios pasos de él. De manera torpe y lastimera, logró incorporarse.

—Gracias...

—Como se te ocurra volver a llamarme «hija», te pongo de patitas en un nuevo día —le interrumpí.

Levantó ambas manos, no dijo nada. Una muestra de resignación, la confirmación de acataba mis condiciones.

—No me siento nada orgulloso del daño que te he causado —dijo—, del daño que hemos hecho a este mundo.

—En estos momentos me da igual todo eso, te he traído de vuelta para que me hables sobre lo de Blanhive.

Los ojos de Baluf se petrificaron. El horror que yo sentí cuando presencié la devastación de mi aldea, días antes de mi huida, parecía reflejarse en su mirada.

—Yo no estuve allí —respondió—, pero te confieso que sabía lo que iba a suceder.

Baluf era despiadado, un asesino a «sueldo» de apariencia benévola, una de esas personas que jamás te imaginas cometiendo una atrocidad. Que él no fuera la mano ejecutora no le libraba de ser cómplice de mi tragedia.

—Pocos conocen sobre la masacre de Blanhive —me crucé de brazos—, te he traído de vuelta para conocer tu versión de la historia.

—Todo fue orquestado por alguien a quien conoces muy bien —hizo una breve pausa, como si dudara—: Dochas.

El impacto de aquella noticia nubló todos mis pensamientos. ¿Dochas seguía vivo? ¿Cómo pudo estar involucrado en lo de Blanhive? Acudí a mi aldea poco antes de que comenzara el Ciclo para atender una misiva de socorro por parte de una de las guardianas. Habían sufrido un terrible asedio, donde las artes antiguas fueron empleadas para sesgar la vida de la mayoría de los rostros que recordaba. Aunque la rabia crecía en mi interior, necesitaba conocer el resto del relato de esta sabandija.

—Dochas tenía un plan, y necesitaba nuestra ayuda, ¿sabes?

—No, no sé. No tenía ni idea de que Dochas siguiera con vida. Cuando huí del Altar de los Custodios, aquello parecía un escaparate de muerte, los

cuerpos de mis compañeros yacían en cada rincón.

Aunque no tuve mucho tiempo para contar cuántos cadáveres encontré, lo cierto era que no recordaba a Dochas entre ellos. Pensaba que todos, a excepción de mi mentora, habían sido asesinados.

—Todo fue obra suya. —Negó con la cabeza—. Lo de Blanhive, lo de tus compañeros, las desapariciones de aquellos custodios...

Dochas, custodio portador de yelmo de Tauro y con un dominio absoluto de las artes de tierra nos había traicionado. ¿Cuál era su plan? ¿Por qué cometió semejante crimen contra su propia gente? Éramos los protectores de las leyendas de este mundo, ¿qué pretendía conseguir matándonos a todos? ¿Acaso quería reescribir la historia? Al principio, pensé que lo de Blanhive fue obra de otro custodio, y que la anterior Dama de Hielo podía ser quien hubiera movido los hilos, pero, ¿Dochas? Él era un hombre sensato que derrochaba amor cuando cuidaba de sus compañeros, en especial, cuando se trataba de su madre y mentora.

—¿Por qué? —Las lágrimas brotaban de mis ojos, quemaban como si llevaran casi cinco décadas hirviendo, esperando para fundir mi coraza de hielo, dolor y rabia.

Baluf sacó un artilugio de su bolsa, un objeto que llevaba demasiado tiempo sin ver. Sin dudar, me lo ofreció. Tenía un grabado inconfundible.

<<00>>

—Helena... Esto era suyo. —Lo agarré—. ¿Cómo ha llegado hasta ti?

—Fue uno de los obsequios de Dochas, por ayudarle en su misión.

Enseguida, mi tristeza se transformó en un rencor que jamás me permitiría saldar deuda.

—Yo no la maté, si es lo que estás pensando —intervino.

—Claro que no: obra de Dochas.

Baluf asintió en silencio, con sus ojos fijos en los míos. Asumir su culpabilidad no sería suficiente para pactar una tregua conmigo.

—También tuve en mi poder las botas de Acuario, pero no las llevo conmigo —dijo con tono preocupado—. Creí haberlas dejado a buen recaudo, y contaba con que llegaría a tiempo hasta ellas, pero no fue así.

—¿Cómo dices? ¿Las has dejado por ahí?

Le agarré del pescuezo antes de amenazarle con la oscura profundidad de mis pupilas.

—Debería matarte por ello, ¿acaso tienes idea de lo que son?

—Claro, por supuesto que lo sé —contestó con dificultad—, los artefactos zodiacales. Sin un fragmento de la Tasogare, no sirven para nada.

Le solté, cada vez más incrédula. Mi juicio se nubló, me sentí incapaz de controlarme. Parece que al fin comenzaba a mostrar las verdaderas razones por las que me había convertido en su objetivo.

—Así que se trata de eso. —Saqué mi cuchillo y le apunté con él—. Tú también lo necesitas.

—Apenas sé usar la magia, aun con los artefactos —se excusaba—. No espero que me creas, pero pensaba empeñarlas en el mercado negro.

—No lo estás arreglando, maldito. —Me aproximé a él.

—Fui engañado, ¿vale? El plan de Dochas, mis compañeros... —exclamaba mientras retrocedía—. He matado a gente para ganarme su confianza, sí, pero yo no tengo nada que ver con todo esto.

—Sin embargo, me persigues todos los días.

—Sí, ellos contaban con mi artefacto del aire. —Rompió a llorar—. Te persigo... porque conservo la esperanza de que, si cumplo con mi misión, obtendré lo que me prometieron —se secaba las lágrimas con el antebrazo—,

de la manera en que me prometieron.

—¿Ellos? Pues sean quienes sean, te traicionaron, como ha hecho Dochas conmigo y con todas las personas que confiaban en él.

Baluf se mantuvo en silencio y negó con la cabeza.

—Wilbur pretende romper el Ciclo, pero sin las botas de Acuario...

—Espera, ¿Wilbur? —le interrumpí, con una mueca de incredulidad—. Ja, ¡cómo no iba a estar metido en esto!

—Él también ha sido traicionado por Dochas, por eso quiere acabar con todo esto —respondió, como si buscara hacer las paces conmigo.

—Me da igual lo que ese mercader pretenda hacer, antes te he pedido que me cuentes sobre Blanhive y todavía no lo has hecho.

Baluf tragó saliva. Su revelación podría proporcionarme una nueva motivación dentro de esta condena sin final.

—Está bien, a fin de cuentas, también ha traicionado a Wilbur —dijo, con voz cansada y arrepentida—. Fue ese cretino, un mendigo del norte, ese mago del aire que antes gobernaba el atracadero.

Mi semblante se mantuvo inalterado, aunque me desangraba por dentro mientras contenía la rabia para no arruinar su confesión.

Baluf inclinó su mirada hacia mi mano, y señaló la tiara de Piscis:

—Ese mago también tenía un artefacto, un anillo, pero hace cinco años que no sabemos nada de él.

—Y como Wilbur cuenta con tus botas, y no con dicho anillo, vienes a pedirme ayuda.

Asintió de una manera casi inexpresiva. Debí pensar que pactando una tregua conmigo podría ayudarle a reconciliarse con sus amigos criminales.

—¿Y por qué me perseguís a mí? —pregunté, extendiendo la tiara hacia él—. Ya teníais un artefacto de agua.

—Eres la única que queda con vida, hija, solo me pidieron averiguar dónde despiertas —respondió.

No respondí, no era necesario. Lo de la tiara, las botas, el anillo, incluso llamarme hija. Su presencia cada vez me producía más jaquecas. Demasiada información, demasiadas laceraciones, mucho más de lo que me veía capaz de asimilar en un solo día, después de medio siglo refugiada en la fría penumbra de la incertidumbre, con el dolor como único compañero.

—Corre. —Lancé la tiara de Piscis hacia un lado y tan lejos como pude.

—¿Cómo dices?

—¿Quieres ver de que son capaces esos artefactos que pretendías empeñar? ¿Quieres ser testigo del peligro al que habéis condenado al mundo? —Apreté mi cuchillo con fuerza y lo clavé en mi artefacto—. Ahora, tú serás la rata.

Y así fue como, en un solo día, conocí a Farg y la respuesta a la mayoría de las incógnitas que explicaban mi injusto despertar, lejos del *confort* y una vida disfrutable. Pero el mendigo con quien debía ajustar cuentas no era mi tierno amigo de Clena, sino alguien conocido como Gale del Norte, un antiguo mandatario del reino que había sido destituido por corrupción, tráfico de influencias, mercadería negra... Todo un figurín. Sobre él recaía la responsabilidad por la masacre de Blanhive, entre otros muchos crímenes. Por fortuna para él, desconocía su paradero. Era muy posible que los límites de Ciclo nos mantuvieran separados, o que usara su artefacto para volar lejos de las represalias.

—Tienes mala cara, hija —dijo Baluf, que seguía caminando a mi lado.

Pero no le respondí, sino que mantuve el ritmo mientras repasaba con detalle los términos de esta nueva alianza, fruto del infortunio y del fracaso.



Juntos, devorábamos el camino de nuestra penitencia. Compartíamos pesares, compartíamos enemigos, secretos y artefactos. Ahora, y desde ayer, compartíamos también un propósito: el mañana.



- II -

## Dolor de muelas

Como si tuvieran prisa por dejarse ver, las granjas de las afueras de Archos nos daban la bienvenida a la capital del reino desde el horizonte. A pocas millas de las murallas de la ciudad, el terreno agrícola de Archos servía a la mayoría de los comerciantes y mercaderes sin llegar a colapsar el mercado local. Por otro lado, el Ciclo había impedido la cicatrización de uno de los eventos históricos más recordados del reino. La Gripe de Arch había dejado una enorme huella negra donde antes se ubicaban las granjas de la salida oeste de la ciudad. La quema de cadáveres produjo un enorme incendio que arrasó por completo varias de las granjas, entre ellas, la de los abuelos de Farg.

Algunas carretas se acumulaban en la linde, muy cerca de los vallados por los que pasábamos. La presencia de forasteros era habitual, de modo que nuestro paseo entre la multitud de caras desconocidas nos ayudaba a no llamar la atención; más bien, parecíamos un padre y su hija que se dejaban caer por la capital por puro capricho y aburrimiento. Nuestra presencia se disolvía como una gota de leche en una taza de café.

—¡Manzanas frescas! ¡Manzanas de Archos! —gritaba un hombre.

—¡Verduras por pescado! ¡Cambiamos verduras por pescado! —Se oía la voz de una granjera, subida en una carreta y colocando ambas manos alrededor de su boca, para aumentar el alcance de su oferta.

Baluf miraba con curiosidad el cargamento de algunos de los carruajes. Los productos podían considerarse perecederos e impercederos al mismo tiempo; de hecho, cada día, se trataba del mismo género.

- 35 -

—¿Echas de menos esto? —Le di un codazo a mi compañero.

—¿Por quién me tomas? Yo no comerciaba con granjeros —se explicaba sin dejar de mirar a las personas que negociaban con todo lo que llevaban—. Yo era más de ropajes, joyas... Artilugios con clase.

—Vaya, olvidaba que eras de morro fino, señor de IronHollow.

Las personas aportaban su granito de arena para mantener la paz, por los siglos de los siglos. Desayunaban y almorzaban monotonía a granel, y ¿para qué? ¿Para que cualquier desagradecido pudiera degustar cualquier manjar atrapado en el tiempo? Nadie iba a morir de hambre, al menos, no si habías probado algo los días antes de anteayer. Pero, ¿por qué esforzarse tanto en dar esos caprichos a la sociedad? La respuesta era tan simple y sencilla como sus vidas e inquietudes: la esperanza.

La cabeza de Baluf parecía estar a punto de desenroscarse mientras dejábamos atrás a la muchedumbre en sus labores altruistas.

—En realidad, no me importaría volver a mis días de comerciante, aunque fuera para traer pescado a la capital —soltó, de repente.

—Ya decía yo, se te ve nostálgico.

—Me trae buenos recuerdos.

¿Qué había sido de aquel comerciante que pactó con el diablo? ¿Acaso la eternidad no llenaba sus alforjas de riquezas? Por supuesto que no. Baluf debió darse cuenta de que aquel «pacto» no fue más que un engaño para que otras personas poderosas desempeñaran su rol en un complot más ambicioso.

De camino a Archos, le había contado todo lo que sucedió en Roundar. Fue una buena manera de evitar retroalimentar mi odio, de autoflagelarme y, de paso, de ponernos al corriente. Ahora debíamos cuidar de nuestras espaldas en una tregua donde las puñaladas traperas estaban vetadas.

—El cementerio de Archos —dijo con un tono apagado.

—Muchos de nosotros ya deberíamos descansar en un lugar como este,

¿no crees? —respondí.

La muerte casi había perdido su significado. Aquellas lápidas tan solo evocaban un ligero recuerdo de lo frágiles que fuimos una vez. Nuestra presencia allí hacía que la naturaleza perdiera el poco sentido que le quedaba. Con la salvedad de aquellos que tenían la desdicha de perecer en cada despertar, la vida se había convertido en una expresión burlesca, pues teníamos más en común con los cipreses que con los restos mortales que estos velaban.

Baluf y yo nos habíamos convertido en unos espectadores silenciosos de aquel sitio inmanejable, en el que la tierra se había llevado para siempre la sombra de lo que fuimos. Parecía que hubiéramos olvidado cómo funcionaban las cosas en el lejano pasado, como si añorásemos la sensación de tener algo que perder, de luchar por sobrevivir, de otorgarle un valor sagrado a la oportunidad de estar respirando aquel aire tan puro y cargado de resignación.

Finalmente, las anaranjadas murallas de Archos nos daban la bienvenida. La guardia de la capital se postraba en uno de los portones en forma de arco que daban acceso a la ciudad por el oeste. Ignorados por la autoridad, como si fuéramos insectos diminutos, dimos nuestro viaje por concluído.

—Hacía una buena temporada que no me dejaba caer por aquí —dijo mientras observaba a su alrededor.

Las calles estaban bastante vacías, para lo que solía ser la capital, y lo era por una buena razón: la hora de la comida era una tradición de máximo respeto. En la antigüedad, Archos fue víctima de la hambruna acaecida tras varios conflictos con los territorios vecinos. Como si estuviera destinada a padecer desgracias y tragedias, las personas originarias de Archos trataban de inculcar a sus congéneres las razones de sus costumbres más antiguas. ¿Quién diría que la capital del reino tendría un pasado tan austero?

En una plaza, no muy lejos de donde nos encontrábamos, habían unas

pequeñas mesas dispuestas bajo una marquesina, construida con cortezas de árboles. Algunas personas disfrutaban del sofocante calor con la ayuda de bebidas enfriadas por cubitos de hielo.

—¿Piensas lo mismo que yo? —le propuse.

—¿Sedienta?

Ya nos conocíamos, así que nos adentramos en aquella taberna llamada «El Fresno», donde servían cervezas enfriadas por artes antiguas. Aunque a mí no me hiciera mucha falta, era uno de los atractivos principales de este lugar.

—¿Qué se os presenta? —nos recibieron, al unísono, el matrimonio que regentaba aquel lugar.

Iluminé mi mano y produje una especie de recipiente de hielo. Lo dejé sobre la barra.

—Tranquilos, no se derretirá.

—¡Me gusta tu estilo! —dijo la tabernera, agarrando una jarra limpia para Baluf—. ¡Marchando!

Con los codos apoyados sobre la mesa, giré el cuello para localizar el rincón más acogedor de El Fresno, un lugar donde volver a correr el riesgo de repetir los mismos errores que con Farg, aquel día en la taberna de la «muñequita».

Y allá íbamos, jarras en mano, adentrándonos en aquella pintoresca taberna, donde a cada paso el techo se hacía más bajo y la iluminación más pobre. Si había algo que llamara la atención en nosotros era el contraste entre nuestras vestimentas que, en busca del rincón más solitario, más bien parecía que pretendiéramos hacer algo sospechoso.

—¿Cómo haces para que no se te peguen los labios en la jarra? —preguntó Baluf cuando di un trago, antes de tomar asiento.

—¡Tachán! —Volví a dar otro trago—. Magia.